

El deseo y el amor en dos cartas de Carlos Cardona*

Conocí personalmente a Carlos Cardona, a través de Eudaldo Forment, que lo trajo a Sant Cugat, en 1988 o 1989, donde hablamos casi toda una mañana de filosofía. (Seguramente de su libro, *Metafísica del bien y del mal*, 1987, que yo acababa de leer y que me había literalmente deslumbrado). Planeamos otras entrevistas y otras conversaciones. Pero nunca fue posible. No nos vimos más. Sólo hubo entre nosotros correspondencia epistolar.

En octubre de 1989, Carlos Cardona tuvo la inauguración de curso en la Fundación Balmesiana con una conferencia sobre «Filosofía y Cristianismo (En el centenario de Heidegger)», publicada posteriormente en *Espritu* 38 (1989) 101-114 y 39 (1990) 5-39.

A propósito de esta conferencia, le escribí en noviembre de 1989, para hacerle unas preguntas sobre aspectos de la filosofía de Heidegger, a las que él no contestó por entonces.

Mientras tanto, en enero de 1990, había aparecido *Ética del quehacer educativo*, que leí enseguida con renovado entusiasmo. Pero me quedé con algunos reparos, que resumí en la reseña del libro: «Una observación le haría al autor. Quizá debería resaltar más el *progreso* en el quehacer moral. El punto de partida del esfuerzo moral difícilmente podrá ser el amor, normalmente será el deseo (de la felicidad): soy bueno para ser feliz. Sólo poco a poco irá creciendo en el hombre al amor al bien. La recompensa como motivo del bien obrar está en cada página del Evangelio. El amor y la libertad (olvidados, dejados atrás el deseo y la ley) están sólo al final de un largo camino».

* CARLOS CARDONA falleció en 1993. Estas páginas quieren ser un sencillo homenaje al amigo y al pensador.

En mi segunda carta del 15 de abril de 1990, le comunico mis impresiones de la lectura de su nueva obra y le envío la reseña todavía no publicada. Carlos Cardona me responde con una larga carta el 3 de mayo. En ella hace referencia primero a la mía de noviembre del año anterior y responde a mi pregunta sobre Heidegger. El resto de la carta comenta mis comentarios sobre *Ética del quehacer educativo*.

CARTA I

Querido P. Pegueroles:

Le agradezco mucho su carta del pasado 15 de abril, acusando recibo de la «Ética del quehacer educativo», y comentándola, tan amable y benévola. Hubiese preferido una conversación sobre los temas que usted plantea, pero como de momento no parece fácil, decido ponerle unas letras, sólo como introducción a nuestras futuras —y por mí deseadas— conversaciones.

Ya había aplazado para esas conversaciones una pregunta que usted me hacía, en carta de noviembre del pasado año: ¿qué relación pone Heidegger entre ser y ente, si no es la de participación ni la de causalidad? Me parece que él no pone relación (y yo tampoco, ya que la relación supone dos sujetos distintos si ha de ser real), ni siquiera de razón (y yo, siguiendo a Santo Tomás, tampoco, porque no la hay entre potencia y acto, si no queremos proceder al infinito). Pero quizá entiendo lo que usted pregunta, si respondo: para H. el ser es simplemente la presencia del ente a aquel ente que consiste en ser el lugar donde el ente se presenta. Para mí (para Santo Tomás), el ser es el acto del ente (necesariamente participado, precisamente porque el ente es sólo un «habens esse»), lo que le hace presente en sí (haciéndole ser) y en aquellos a quienes se les puede hacer presente lo «otro». Me parece que la suerte de la metafísica se juega aquí. Aquí está Dios, y aquí está el singular, y aquí está la inteligencia y por tanto la metafísica, que no es más que la presencia, en cada uno, de Dios y del otro y, en fin, de sí mismo. Ya tendremos ocasión de hablar con calma de todo esto.

En su carta del pasado 15 de abril, usted me plantea un problema que muchos otros me han planteado desde hace años, y que yo mismo me planteé cuando comencé a entrever lo del amor electivo: el tema del incoercible deseo de felicidad, como camino para todo el conocimiento ético, ya desde Aristóteles —y antes—, y que recogen San Agustín, Santo Tomás, etc., convirtiéndose en un verdadero «locus», incluso «theologicus». Soy plenamente consciente de la «ruptura», y no hubiese osado acometer semejante aventura, si no hubiese tenido razones profundas y vitales para eso.

Desde un punto de vista teórico —para mí secundario, obra de «reflexión»—, me parece que la razón estriba en la distinción entre necesidad y libertad, entre amor de deseo y amor electivo («dilectio»), que es precisamente el salto cualitativo —en la participación del ser— entre

las criaturas no libres y las personas, dotadas como tales de la capacidad de amar como Dios ama, precisamente para poder entrar con Él en una relación de amistad, mutuo amor de benevolencia.

Desde un punto de vista «práctico», y aparte de mi experiencia personal y de la que me ha proporcionado mi labor pastoral (hoy corroborada por la psiquiatría, en un plano natural), está lo que generalmente llamamos sin más generosidad y don de sí. Siempre me había llamado la atención que, mientras los tratados de ética (y los de «moral») arrancaban del deseo de felicidad, para determinar lo que podía proporcionarla (con lo que necesariamente «eso» —sea lo que fuere— tendría siempre razón de medio, por mucho que Aristóteles y sus seguidores intentasen eludirlo), la vida real iba por otro camino. Todos los maestros de espiritualidad, y aun los simples directores espirituales, han insistido siempre en el «perfecto olvido de sí», como el más seguro camino para la humildad (virtud tan difícil y escurridiza). Todos también han insistido en el don de sí a Dios y a los demás, como exigido por el doble supremo mandamiento (que es de ley natural, aunque también revelada y así positiva). Podría aquí evocar fácilmente capítulos enteros de las obras de Santa Teresa («Camino de perfección», por ejemplo), de San Francisco de Sales, etc. Pero me parece más convincente que recordemos palabras de Nuestro Señor («el que quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo...», «el que quiera ganar su vida, la perderá», etc.; y en I Cor 13: «caritas non quaerit quae sua sunt», etc.). También recuerdo aquel comentario de San Agustín, que usted conoce muy bien: «*ex toto... ¿qué queda de tu corazón para amarte a ti mismo?*». No veo cómo todo eso pueda conciliarse con una ética que se funde precisamente en el amor de sí, y en el querer ser bueno por interés, ni siquiera como modesto «principio». Por «desinterés» kantiano (que és, al contrario, completamente «interesado», ya que no es amor, sino deseo de autoperfección).

Dice usted muy bien que eso es «el ideal». Bien cierto. Sólo que el ideal tiene que ser una aspiración real (y por supuesto, en el estado real de naturaleza caída en que nos encontramos, contando con la gracia incluso para lo que sería en sí una perfección «natural»), que nos mueva realmente en esa dirección (y que nos induzca a la oración de petición —también en el orden natural habría que «pedir» a Dios— y a la humildad al comprobar nuestra flaqueza), y no una hermosa teoría ajena a nuestros esfuerzos.

Es igualmente bien cierto que con frecuencia hay que empezar (así me lo han dicho varios psiquiatras, que lógicamente tratan don personas cuya libertad moral anda disminuida) por ofrecer felicidad, y así iniciar un progreso moral, o propiamente una entrada en la moral (podríamos recordar aquí, en el orden sacramental, aquel «*ex attritus fit contritus*»). Pero estoy persuadido de que ha de producirse el salto cualitativo, el «clic», para pasar al amor (que no es propiamente la perfección del deseo), y así a la ética propiamente dicha. Aquí suele pensarse que entonces se trata de heroísmo. Bien. Sólo que la santidad (y en su orden, la perfección moral natural) implica el ejercicio de las virtudes

a veces de modo heroico, y a la santidad estamos todos llamados, y a todos Dios nos brinda el auxilio necesario y conveniente.

Usted, querido P. Pegueroles, como todos los que andamos en afanes de almas, sabe muy bien que ésa es la realidad de nuestra vida ascética y espiritual. Lo que a mí empezó a sorprenderme muy pronto, es que los tratados de ética anduvieran tan alejados de lo que era el contenido del Evangelio. Y también muy pronto llegué a la conclusión (aquí siguiendo fielmente a Santo Tomás) de que la gracia no contrariaba la naturaleza, sino que la suponía, la sanaba, la perfeccionaba y la elevada. Quizá no sería difícil explicar el curso histórico que siguieron los tratados de ética. Pero no es asunto que me interese gran cosa. Me interesa mucho más, como decía el Aquinate, «quomodo se habeat veritas rerum».

En el momento en que viera la menor contradicción entre todo eso que vengo pensando y la doctrina de nuestra Madre la Iglesia, abandonaré sin dudarle este camino, con la gracia de Dios. De momento, no veo esa contradicción, sino al contrario mucha armonía. Y me ilusiona pensar que puedo ayudar a llevar un poco más de Cristianismo a la ética. También para eso cuento con sus amables oraciones. Dios quiera que entre todos logremos clarificar un tanto la confusión que nos rodea.

Espero que no tardemos demasiado en volver a encontrarnos personalmente y a conversar de todo esto, y de lo que usted desee. Entretanto le aseguro que está presente a diario en mis oraciones.

Le agradezco cuanto me dice a propósito de mi artículo para *Espíritu*, y el tiempo que me ha dedicado ya leyendo el libro, y luego con su amabilísima carta.

Muy cordialmente suyo.

Le escribí de nuevo el 8 de julio sobre los mismos temas y él me contesta más brevemente a vuelta de correo (12 de julio).

CARTA II

Premiá de Dalt, 12.VIII.90

Muy querido P. Pegueroles:

Desde Barcelona me hicieron llegar su carta del 8 de julio, ya anunciada en otra donde usted acusaba recibo de la mía de primeros de mayo, a propósito de algún punto de mi «Ética del quehacer educativo», que le había suscitado reservas o perplejidad. En esa carta mía intentaba someramente (ya que, como usted muy bien dice, todo es más fácil y fecundo en una conversación oral) exponerle sólo la armonía entre mis tesis y nuestra Fe y la plurisecular experiencia pastoral de la Iglesia. La fundamentación propiamente metafísica de esas tesis está —o procuré que estuviese— en mi «Metafísica del bien y del mal», de la que el otro libro no es más que una aplicación a un campo determinado, el educativo.

Soy muy refractario a todo lo que aun de lejos pudiera parecer una controversia. En cambio, estoy siempre muy inclinado al diálogo amistoso y en ámbito reducido. Espero que el Señor me depare esa posibilidad, y podamos hablar usted y yo, y también Eudaldo, de estos temas. Estoy persuadido de que nuestra coincidencia sustancial es plena. Esperando esa oportunidad, le pongo ahora unas letras, sólo como base de esas futuras y fructuosas conversaciones.

No he perdido de vista la capital noción de «naturaleza» en la metafísica de Santo Tomás. Pero sí he procurado desarrollar la de «naturaleza espiritual», que es donde la libertad —y consiguientemente la ética— tiene su lugar propio. De un modo gradual, con el tiempo, Santo Tomás llegó a un concepto de naturaleza que superaba mucho la «physis» aristotélica. No haberlo visto fue, también a juicio de Gilson, el capital error de Cayetano, el «princeps thomistarum», y de la mayoría de los tomistas después (lo que estaba en función de la pérdida de la noción crucial de «acto de ser participado»).

No separo, por tanto, como Kant, la naturaleza de la libertad (igual que Descartes había separado la «res extensa» de la «res cogitans»), sino que trato de decir lo que entiendo por una «naturaleza espiritual» y, consiguientemente, libre: dueña de su ser y de sus actos. A esa libertad es a lo que se le puede llamar «creatividad participada». Ciertamente, no es la de Dios. Pero «participa» de ella (ya en el orden «natural», y a fortiori en el «sobrenatural»), y no es «fisiología». Aquí está, a mi juicio, el salto cualitativo entre el deseo y la dilección. Yo no digo que el amor de sí —y los deseos consiguientes— no sea legítimo, ya que lo sé necesario. Lo que sí digo es que la ética no se funda en él.

No tengo aquí mi fichero personal de todas las obras de Santo Tomás, y sólo dispongo ahora de las dos Sumas. Le indico unas cuantas referencias —entre otras muchas posibles— donde el Doctor Angélico aparece como oscilante, diciendo a veces lo que usted afirma, y a veces lo que afirmo yo. (Me parece que todavía la hipoteca aristotélica era muy fuerte. En *De Malo, De Potentia*, etc. ya ha logrado superar aquel condicionamiento). Aquí le doy sólo las referencias (y cuando charlemos personalmente ya comentaremos esos textos): *S. Th.*, I, q. 60, a. 5; II-IIae, q. 23, a. 1; q. 27, a. 1; q. 44, aa. 1 ad 2, 3c y ad 1, 7c in fine: etc.

A mi vez, como resumen de mi carta, yo le diría: puedo amar a Dios, porque es infinitamente amable, y porque me ha hecho «capax Dei», capaz de amar. Mi indigencia procede del carácter *participado* de mi ser. Mi excedencia de que lo que participo es el ser.

Yo también le deseo, querido P. Pegueroles, un verano de paz y sosiego y de todo bien. Rezo varias veces al día por usted y por todo lo suyo. Le agradezco muchísimo que usted también me encomiende a Dios.

Muy cordialmente suyo.

El tema central de nuestra correspondencia era este. ¿Hay en el hombre un deseo infinito del Bien infinito? ¿Es verdad esto? El Bien infinito saciando nuestro deseo, ¿es esta la auténtica felicidad? ¿No será

más cierto que la felicidad no es cuestión de deseo, sino de amor? ¿Que el deseo no hace feliz a nadie y que la felicidad sólo nace del amor?

Estas son las grandes ideas de Carlos Cardona, que desde antonces comparto plenamente.

DR. JUAN PEGUEROLES, S. I.
Universitat Ramon Llull